

SOBRE *LA TIRANÍA DE LO NORMAL*, DE LESLIE A. FIEDLER

Milena Arce
Universidad de Buenos Aires
milenaarce13@gmail.com



∞

La tiranía de lo normal, de Leslie A. Fiedler. Introducción de Marcelo G. Burello. Trad. de Cecilia Lasa; Buenos Aires: Prometeo, 2024; 175 pp.; ISBN: 978-987-8267-85-2.

La intersección entre medicina, moral y sociedad genera debates que permanecen siempre vigentes, porque cada avance científico viene acompañado de nuevos temores y dilemas éticos sobre los límites que pueden o no cruzarse. Leslie A. Fiedler se adentra en estas discusiones en diferentes ensayos escritos entre las décadas de 1970 y 1990, recopilados y editados por Godine en 1996, bajo el título *Tyranny of the Normal*. El volumen explora un tema recurrente en la obra de Fiedler: el papel de la ciencia médica en el rechazo, pero también en la fascinación, hacia aquellos que caen por fuera de lo que Occidente considera “normal”, ya sea en términos físicos o psicológicos. La reciente publicación de *La tiranía de lo normal* por Editorial Prometeo, en el marco



de su colección “Arte y Estética”, permite introducir al mundo hispanohablante la mirada de Fiedler sobre estos debates bioéticos. En su introducción al libro, Marcelo G. Burello escribe: “correspondería calibrar y resaltar la magnitud de su figura a los ojos del ámbito hispano parlante, que sin un motivo preciso (¿catolicismo pacato?, [re]sentimiento anti-yanqui, mero descuido editorial?) le ha sido especialmente refractario” (2024: 9). La publicación de este libro remienda la limitada disponibilidad de la obra de Fiedler en español, siendo su perspectiva fundamental porque, como argumenta Burello: “hay que ponderar los obvios beneficios que supone la mirada extradisciplinaria de un sólido humanista cuando se orienta hacia cuestiones tecnocientíficas” (13). Fiedler, en su prefacio al libro, aclara que él no es un especialista en las cuestiones que va a tratar. Este autor se distingue por el tono honesto, pero también políticamente incorrecto, con el que aborda temas controvertidos. Polémico y agudo en partes iguales, no tiene reparo en exponer, por medio de exhaustivos análisis psicosociales, las conductas humanas que considera hipócritas, ni en exhibir los deseos más oscuros que habitan en cada psiquis humana.

Fiedler señala que la ciencia moderna, incluida la medicina, en su búsqueda de mejoras vitales, a menudo perpetúa los miedos y prejuicios que en la antigüedad se expresaban de manera ritual o supersticiosa. La fascinación, así como el temor a la diferencia, llevaron históricamente tanto a la veneración como al exterminio de aquellos que caen fuera de los parámetros de normalidad: desde las “rarezas biológicas” expuestas en *sideshows* hasta los horrores de la Alemania nazi. En el ensayo que da título al libro, Fiedler afirma: “la guerra en contra de la ‘anormalidad’ implica un tipo peligroso de política que comienza con un miedo a la diferencia y termina como una tiranía de lo normal” (173). Fiedler observa el crecimiento de áreas de la ciencia médica destinadas no a sanar, sino exclusivamente a crear tratamientos estéticos para que quienes puedan pagarlos se aseguren estar dentro de los estándares físicos considerados normales. Así es como Fiedler entiende que el culto a la belleza, la delgadez y la juventud se vuelven nuevas formas de religión. En el ensayo “Más imágenes de Eros y la vejez. La maldición de Fausto y la fuente de la juventud” se explora la ausencia de límites a la hora de decidir qué está uno dispuesto a hacer para mantenerse joven. Fiedler analiza este deseo de eterna juventud y sostiene que siempre estuvo presente en la humanidad: desde los exploradores europeos que cruzaron el océano Atlántico en busca de aguas milagrosas, hasta los norteamericanos que “buscan el rejuvenecimiento al darle sorbos al Geritol, tragar vitamina E, hacer dieta, dar caminatas o someter su carne al bisturí del cirujano cosmético” (99). El autor argumenta que estas acciones esconden un deseo de perfección e inmortalidad que, en realidad, va en contra de la naturaleza.

Otra nueva forma de culto que reconoce Fiedler es la adhesión –con fanatismo religioso incluso en quienes dicen no comulgar con religiones oficiales– a las medicinas alternativas en detrimento de la medicina institucionalizada. En el primer ensayo del libro, “El renacer de Dios y la muerte del Hombre”, Fiedler argumenta que lo que mantuvo activas a las enfermedades que estaban a punto de desaparecer en la década posterior a la Segunda Guerra Mundial fue el rechazo de las personas a modos de prevención ya establecidos:

De hecho, no hay explicación ‘racional’ que dé cuenta del fracaso de tales enfermedades [gonorrea, sífilis y hepatitis infecciosa] para quedar atrás, como lo hicieron la difteria o la viruela: no se registra la emergencia de una cepa particularmente virulenta de gonococos o espiroquetas (como suele creerse) inmunes a estas nuevas drogas. No, se trata de un simple rechazo a recibir un diagnóstico o, una vez diagnosticado, a seguir el tratamiento prescripto –un rechazo basado en un desdén bastante

consciente por la ciencia y un anhelo semiconsciente de la enfermedad como mayor símbolo de liberación—. (49)

Respecto a esta “liberación”, en un epílogo que agrega a este ensayo de 1973 la publicación del libro en 1996, escribe que “no hay nuevos dioses sin nuevas enfermedades” (57), refiriendo a que seguir como verdad sagrada las propuestas de la medicina alternativa y rechazar la medicina institucionalizada lleva a la propagación de aquellas. Como vemos, el libro plantea discusiones que jamás quedan obsoletas porque constantemente se actualizan, por ejemplo, en los debates en torno a la vacunación que vimos renacer fervientemente con la pandemia por COVID-19 y las posturas de aquellos que se oponen a la mirada científica de organismos especializados.

Fiedler sostiene que algunas decisiones médicas de la antigüedad se manifiestan bajo otras formas entre las décadas de 1970 y 1990, pero aún expresan los mismos temores hacia la anormalidad y el mismo deseo de erradicarla. Un ejemplo se expone en el ensayo “Imágenes del doctor en la literatura y las artes populares”, donde el autor reflexiona ampliamente sobre la “optimización” de embriones, práctica en la que se mejoran las características genéticas del embrión. En “Abuso infantil: un enfoque *amateur*” argumenta: “la literatura nos puede decir cómo la gente en un momento histórico dado percibe, evalúa y, en consecuencia, experimenta lo que hace” (114). Utiliza como ejemplo a Medea para recordar que “la práctica del infanticidio mediante el abandono en la intemperie era lo suficientemente común en el mundo antiguo” (110). En el ensayo que cierra el libro, Fiedler retoma esta idea para establecer una de sus comparaciones más polémicas: aquella entre la decisión de no continuar la vida de recién nacidos con anomalías congénitas particulares y la antigua decisión de dejar morir en la intemperie a los bebés considerados “anormales”. Escribe al respecto: “seguimos matando, o al menos dejamos morir, a los neonatos con malformaciones monstruosas. Sin embargo, eufemizamos el procedimiento, disfrazamos el horror supersticioso de su raíz al llamar a la acción que ejecutamos ‘remover el soporte vital de *terata* no viable’ (*terata* en griego es monstruo)” (168).

El uso de eufemismos es extensamente analizado por Fiedler como una forma de ocultar socialmente deseos y temores instintivos. En “Terror y conmiseración” sostiene que referirse a un lisiado como “persona con discapacidad” en lugar de “rengo” no es más que un acto de hipocresía: “[es] solo una manera fácil de apaciguar la culpa que no podemos aliviar, causada por nuestras reacciones instintivas” (62). El ensayo puede resultar impactante al lector, porque cuestiona nuestras concepciones e interpela las acciones que realizamos para sentirnos mejores personas. Esta es una actitud característica de los escritos de Fiedler: obligan al lector a mirar de frente su propia hipocresía. Por otro lado, existen acciones que, bajo la mirada fiedleriana, no nos vuelven hipócritas, sino humanos. En el ensayo “Por qué los programas de trasplantes de órganos no son exitosos” Fiedler sostiene que casi la totalidad de las personas que al ser encuestadas aseguran que serían donantes de órganos, luego se niegan a serlo (157). Esto, explica el autor, no es hipocresía, sino el resultado de la contradicción entre la aceptación consciente y el rechazo inconsciente que sentimos a enfrentar un procedimiento quirúrgico que “desafía nuestras nociones primarias más arraigadas sobre la vida y la muerte, el yo y el otro, cuerpo y espíritu” (158). Se trataría entonces de un rechazo propio de la naturaleza humana. De esta forma, las campañas sobre donación no funcionarían porque “no suelen persuadir [...] a niveles psíquicos profundos donde ocurre el rechazo instintivo” (ibid.). La literatura se ha servido de estos miedos asociados a los avances de la ciencia médica: novelas como *Frankenstein* (1818), *Drácula* (1897), *El Dr. Jekyll y Mr. Hyde* (1887) y

La isla del Dr. Moreau (1896), precursoras de la ciencia ficción y escritas antes de que los trasplantes fueran una opción viable, presentan “monstruos creados por la ciencia moderna y la tecnología, particularmente en el campo de la medicina” (161). Pero los verdaderos monstruos son quienes los crean: los doctores. Escribe Fiedler:

ese doctor crea una criatura que intenta que sea mejor que su yo imperfecto, quizás incluso inmortal [...]. [E]l escenario arquetípico se seguirá imaginando y reimaginando mientras que la humanidad siga temiéndole a la muerte, convoque a la ciencia para demorarla y la resienta por hacerlo. (165)

La ciencia médica a disposición del deseo de inmortalidad no acaba con estos clásicos literarios, sino que tiene, observa Fiedler, apariciones constantes y mucho más sutiles en nuestras vidas diarias. Pequeñas acciones, como evitar comidas que elevan el colesterol en sangre, ocultan, para el autor, un deseo de inmortalidad: “Es como si estuviéramos secretamente convencidos, aunque no lo confesamos abiertamente, de que un alimento prohibido más, un ejercicio más, una droga milagrosa más o un procedimiento quirúrgico perfeccionado nos harán vivir para siempre” (166). Pero argumenta que, en un lugar oscuro de la psique, entendemos que es impío buscar la inmortalidad y que es esa la convicción que subyace al rechazo encubierto a los trasplantes de órganos.

Además del arquetipo del doctor que se explora en “Imágenes del doctor en la literatura y las artes populares”, Fiedler argumenta la existencia del arquetipo de la enfermera, a quien se le teme en tanto en su figura están cifrados los temores masculinos de regresar a la dependencia femenina de la infancia. En el ensayo “Imágenes de la enfermera en la ficción y cultura popular”, Fiedler explora el rol de la enfermera en la ficción y señala que, debido a que el rol que se le atribuye históricamente a las mujeres es el del cuidado, la profesión que se les atribuye es la enfermería. En las novelas televisivas “se las retrata aún como aquello que las mujeres se rehúsan a ser: subordinadas a los hombres, ejecutoras pasivas de sus órdenes” (144). Pero, en los libros, se las suele retratar como a la Sra. Gamp, de Dickens, generándose esta doble imagen de la enferma entendida o bien como “santa secular asexual” (152) o como una “explotadora de pacientes igual de asexual” (ibid.). Nuestro autor entiende que es la segunda quien despierta los miedos arcaicos de la mujer como bruja y la que genera el temor primitivo, cuando los hombres están internados, del regreso a la dependencia de la infancia.

Fiedler demuestra que los deseos más controversiales en nuestras mentes, aquellos que no se pronuncian en voz alta o se niegan al ser descubiertos, son en realidad constitutivos del ser humano como tal. Menciona y examina cada mito establecido en nuestra cultura y los ejemplifica con casos de la literatura, porque “es función de la literatura recordarnos [...] esos impulsos de otro modo inconfesos: el lado oscuro de nuestra ambivalencia hacia quienes nos paren y nos atienden cuando estamos enfermos” (156). En “Eros y Thánatos, o la etiología mítica del viejo verde”, Fiedler se adentra en la atracción entre ancianos y jóvenes: “un hambre tan profundamente implantada en nosotros que puede negarse solo al negar nuestra completa humanidad” (85). Ante cada deseo y conducta que supone un tabú para la sociedad, Fiedler demuestra que en realidad son deseos y acciones propias de los seres humanos, y se sirve de la literatura, desde Perséfone hasta Lolita, para demostrar que están completamente arraigados en nuestra historia. Más que invitar al lector a cuestionar sus deseos y convicciones, lo obliga a mirarlos de frente.

Si bien el libro está constituido por ensayos independientes, no se trata de una mera acumulación de textos, sino que todos dialogan entre sí. Escribe Marcelo G. Burello en su introducción:

[el libro] [r]ecorre una gama de temas que *prima facie* pueden resultar heterogéneos, pero a no equivocarse: ya sea que hable de las grandes novelas decimonónicas o de las cursis telenovelas de fines del siglo XX, Fiedler encara con diversos tonos y matices, estéticos y éticos, el problema central de la autoimagen del ser humano, que ya entrado el siglo XX, como se echa de ver, adquiere nuevos desafíos y nuevas potencialidades. (14)

Todas las discusiones en las que los ensayos se adentran están en constante actualización: vacunas, tratamientos estéticos, tratamientos para detener, disimular, enlentecer o deshacer el paso del tiempo sobre el cuerpo, etc. De allí deriva la relevancia de este libro en nuestros días y su imprescindible existencia en el mundo hispano. El propio Fiedler, respecto a las discusiones tratadas en sus ensayos, sostiene que todas las personas deben preguntarse por la moralidad, normalidad e identidad, y por esto procura que su argumentación siempre sea comprensible para quien no posea conocimientos técnicos sobre bioética (27). Justamente porque comprende y justifica el carácter universal de su campo de investigación y, en consecuencia, de la relevancia mundial de estos ensayos, recurre a ejemplos literarios que están arraigados en la cultura popular, por lo que cualquiera podría, en principio, posicionarse críticamente en las discusiones. Y, si la forma de argumentar de Fiedler le permite tender un puente hasta un público no especializado, es Cecilia Lasa, con su construcción exhaustiva de notas al pie en la traducción de Editorial Prometeo, quien logra extender ese puente hasta el lector hispano que no esté familiarizado con términos anglosajones, conceptos propios de la literatura norteamericana, referencias culturales e historia estadounidense. Su traducción cuidadosa y rigurosa logra preservar el filo y la provocación de un autor tan polémico como Leslie A. Fiedler. La publicación de *La tiranía de lo normal*, con el texto introductorio de Marcelo G. Burello y la labor de Cecilia Lasa, no es una mera traducción, sino un trabajo enriquecedor del libro de 1996.